

DISCURSO POR LOS CINCUENTA AÑOS DE LA UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Salomón Lerner Febres
Presidente de UDUAL
Rector de la Pontificia
Universidad Católica del Perú

Iniciamos hoy la celebración del quincuagésimo aniversario de la Unión de Universidades de América Latina y lo hacemos señores rectores, representantes de las universidades que son las protagonistas de la historia viva de la UDUAL, con gratitud hacia quienes nos precedieron y con optimismo frente al futuro que nace y se justifica en nuestras convicciones y en nuestra unidad. Animado por un auténtico sentimiento de fraternidad, me dirijo a ustedes para darles la bienvenida. Este saludo adquiere especial relieve al referirme al rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, claustro que acogió desde sus primeros momentos a nuestra Unión y que hoy nuevamente nos recibe con su acostumbrada generosidad. A través de Ud., señor rector, reciba su institución nuestro reconocimiento hondo y perdurable.

El tiempo, que es lineal y avanza por tanto distanciándose de sí mismo, pareciera volverse circular en estas ocasiones. Y si el tiempo parece otra vez empezar, es porque la institución afirma su esencia más propia incorporando dentro de sí la permanente renovación.

Lo dicho expresa la razón más rica y valedera de esta asamblea extraordinaria de la Unión de Universidades de América Latina cuyo medio siglo de existencia celebramos con júbilo porque sentimos que esta trayectoria posee un contenido vivo e intenso. Celebramos en verdad el que nuestra institución sea historia y sea presencia, sea transformación y sea permanencia, con un pasado que nos enaltece y un horizonte de fecundas perspectivas. Así, con la urgencia de lo actual, al recuperar el momento de nuestro origen, nos es dado recordar las circunstancias que acompañaron nuestra voluntad primera: por aquellos años, la humanidad se sobreponía a una de las mayores catástrofes de su historia. La Segunda Guerra Mundial, con sus millones de víctimas y su secuela de dolor, no sólo recompuso el mapa político del mundo; abrió asimismo severas interrogantes acerca del destino del hombre y de la modernidad. Una modernidad que radicalizando la

razón prometía el dominio no cuestionado de la verdad a fin de liberarnos de la servidumbre del mito y la barbarie. Sabemos bien cómo ello fue, en gran medida, ilusión. El desengaño nos impulsó a echar una nueva mirada a los fragmentos escondidos de la historia, para descubrir que en ella habitaba una rica polifonía que había permanecido desatendida. En tal contexto, América Latina, renuente a una racionalidad uniforme y expansiva e inquietada por un rejuvenecido ímpetu de libertad, emprendió una vez más la búsqueda de sí misma, de su tradición, y así reconoció con entereza sus dramas, a la vez que reanimó viejas esperanzas.

La Unión de Universidades de América Latina se proclamó entonces, y lo hace también ahora, fruto genuino de esta estirpe en la que son convocadas “todas las sangres”. Y de este modo, a la vez que volvía la mirada sobre la realidad que la albergaba, retornaba hacia las venerables raíces de la institución universitaria que, ya en la Europa medieval, reunía a distintas identidades culturales en torno a la vocación de conferir sustento al saber universal. Cincuenta años después de haber emprendido juntos la integración por el camino del conocimiento, comprobamos que este imperativo que lleva a la mutua comprensión ha sido reconocido como tarea urgente en otras dimensiones de la vida de nuestros países. Acaso porque es propio de la Universidad interrogarse sobre las perspectivas de la comunidad humana, presentíamos hace ya cinco décadas el advenimiento de la llamada cultura global. Pero en ese entonces la concebíamos como una oportunidad de convergencia espiritual, y no sólo como adopción de nuevos criterios económicos, abolición de distancias geográficas o avances en el terreno de la informática, procesos éstos que, bien mirados, son apenas medios, por sí mismos incapaces de crear un mundo solidario y humanamente comunicado.

De ser así resulta pertinente preguntarnos si en la actualidad nos hallamos verdaderamente cerca del ideal de una sociedad universal. Es claro, para quien mira con agudeza, que aquellos fenómenos que hoy se presentan superficialmente como la suma y cifra de la cultura global corren el riesgo de tan sólo asegurar la afirmación de individuos y no de personas, permitiendo desarrollar un lenguaje preciso mas con frecuencia carente de reflexión y de pasión. Sabemos bien, por ejemplo, que, al igual que la econometría más sofisticada no garantiza el bienestar, la informática por sí misma no gesta comunicación verdadera; necesita ella, como toda técnica, de la palabra humana para hacerse de sentido y

lograr contenido, para trascender la inflexible sintaxis del algoritmo, para hablarnos del poder de la razón, pero nutrida por los afectos, para ayudarnos a discernir las inclinaciones de nuestra voluntad, para resolver, a través de la imagen, en un único cuadro la riqueza y la singularidad del mundo, para, en fin, vincularnos en relaciones de auténtica fraternidad.

Hoy como ayer comprendemos que si hay una esperanza que se insinúa en la realidad siempre incompleta, ello sucede porque la ciencia no sólo es posible sino necesaria. Pero al decir esto nos hacemos la imagen de una ciencia íntegra, verdadera, liberadora, aquella que se hace cargo de la compleja realidad del mundo, que se despliega sobre la integridad de las cosas naturales y humanas. No el simple quehacer rutinario, reducido a la pobre categoría de moneda que circula en el mercado y que se nos quiere ofrecer hoy como la única opción para estar a la altura de los tiempos. Y si consintiéramos en adoptar esta noción estrecha de la ciencia, ello significaría una renuncia a la creación de sentido, que es el alma de la vida académica; este es el dilema que hoy toca de modo acuciante y crítico a la Universidad.

En efecto, vivimos momentos de crisis, entendida ésta como demanda de discernimiento. No podemos desconocer las presiones de la racionalidad económica que amenazan subordinar la producción y la difusión del saber, esa racionalidad que confina a la Universidad a la tarea utilitaria de formar únicamente los profesionales que el sistema productivo necesita. Frente a ello nos afirmamos como Universidad y negamos esta visión unidimensional que reduce a la persona a la condición de objeto, la desenraíza del mundo de la vida y la convierte en elemento de una maquinaria que debe rendir su tributo a la producción. Nos afirmamos como Casa en la que las inteligencias se congregan para repensar y recrear la realidad, para ejercer con fundamento la crítica y para así abrir cauces nuevos y más ricos por los que transcurra el conocimiento y la cultura. Nosotros no aceptamos que la universidad latinoamericana se convierta en eco pasivo de posturas ideológicas que socavan los fundamentos de la ciencia y los genuinos valores humanísticos; no lo hacemos porque la Universidad es reflexión en comunidad, porque ella tiene como norte la universalización de las conciencias y la preservación de la unidad del saber, en fin, porque valora y asume una tradición propia y universal que no es tesoro petrificado sino historia, vivencia y proyecto.

Así planteada nuestra misión, nos toca asegurar un espacio de formación integral

para los hombres y mujeres que habrán de liderar el futuro, reafirmarnos como escuela de ciudadanía y democracia; invertir de sentido a la ciencia y a sus prolongaciones tecnológicas inscribiéndolas en un horizonte ético; defender el valor de la libertad como medio vital para la subsistencia de la crítica y del quehacer académico; impulsar el crecimiento de los pueblos a través de las inagotables fuentes de la creación estética y la cultura; integrar la especialización dentro del amplio ámbito de la ciencia, entendida ella como sapiencia. Nos toca, en suma, mantener viva la correspondencia entre el pensamiento y el quehacer humanos para continuar, desde nuestro ámbito propio, madurando los frutos que habremos de recoger y compartir con América Latina. Entonces, y sólo entonces, podremos responder afirmativamente a la cuestión así planteada por Octavio Paz quien nos invitaba a preguntarnos si “alcanzaremos al fin la verdadera modernidad, que no es únicamente democracia política, prosperidad económica y justicia social, sino reconciliación con nuestra tradición y nosotros mismos”.

México D.F., 22 de Setiembre de 1999